

Redescubrimiento de la escasez (Meditación sombría)

La humanidad se haya en el muy probable trance de tener que idear un nuevo nuevo paradigma de convivencia y organización social. Tras haber logrado descubrir las técnicas que han llevado al dominio material de la escasez —por un corto lapso y tan sólo en las áreas de gran desarrollo— y antes de poder llegar a su generalización —si esa era la intención—, se ha percatado patéticamente de la limitación de sus recursos naturales. Bien a su pesar, ha empezado a avizorar, con incipiente pero clara preocupación minoritaria, la cercanía del día en que se tenga que plantear la ineludible exigencia de ese cambio paradigmático, agotadas las dilaciones ingeniosísimas que los descubrimientos científicos y tecnológicos puedan todavía aportar

La Bruyère publicaba la quinta edición de sus "Caracteres" en 1690. Incluía en ella nuevas reflexiones, intercalándolas entre las que ya habían visto la luz con anterioridad. Una de esas "addenda" estaba encabezada por un frase que, por sí sola, alcanzaba a describir sucintamente uno de los rasgos esenciales de lo que fue el Antiguo Régimen. Decía La Bruyère: "Si comparo conjuntamente las dos condiciones más opuestas del hombre, quiero decir los grandes y el pueblo, este último me parece contentarse con lo necesario y los otros están inquietos y pobres con lo superfluo"⁽¹⁾.

**SALVADOR
BERMÚDEZ
DE CASTRO***

*Embajador de España ante la UNESCO.

En las postrimerías del XVII, la observación no requería de matización alguna. Para cualquier lector, era obvio que alcanzar a disponer de lo necesario, entre el pueblo, era fuente de notoria felicidad comparativa y, por consiguiente, de conformidad con su sino. La razón de ese conformismo comparativo era patente. Con demasiada frecuencia "lo necesario" constituía, bien un anhelo quimérico, bien una meta tan sólo alcanzable en los años de buena cosecha y estabilidad de precios. En aquellas contadas regiones de Francia en que el pueblo disfrutaba de esa bonanza con regularidad —habitualmente, las que no estaban sometidas a la "taille"—, la convivencia traslucía ese "contento".

De igual manera, en el extremo opuesto del abanico social, no todos disfrutaban de las posibilidades que granjeaba la opulencia. Pocos eran los que podían permitirse de veras el lujo y la extravagancia de la vida cortesana. Y, sin embargo, el goce de "lo superfluo" era considerado como condición inherente a toda pretensión de privilegio propia del status nobiliario; circunstancia que forzaba a muchos a vivir "inquietos" por la angustia de ver en riesgo de menoscabo su rango y beneficios y "pobres" tras sus empeños en exhibir una riqueza que no tenían. La feroz rivalidad y competencia que la existencia cortesana conllevaba, y las muy prolongadas ausencias de sus tierras que exigía, llevaban a cuantos procuraban medios y favores en ese ambiente a desatender la administración personal de sus bienes, con el quebranto consiguiente. La inquietante conjunción del tiempo que transcurría, de las aspiraciones que no acababan de lograr satisfacción y de los recursos personales que se agotaban, inclinaba a menudo los ánimos a incurrir en maquinaciones y "frondas", con los consiguientes destierros e incautaciones de sus bienes.

A poco más de dos siglos y medio de escrita la frase por La Bruyère, no sólo nos son necesarias las matizaciones precedentes para aquilatar el sentido que tenía en su contexto histórico, sino que, en la actualidad, nos resulta de todo punto imposible detectar pervivencias de la realidad que exponía. Las revoluciones, que de ella nos separan, han impuesto el sello profundo de su fuerza transformadora. Hoy, "lo superfluo" se ha tornado en buena cuenta necesidad. En nuestra era consumista y permisiva, el que no es "grande" tiende a ser una anomalía social. La mera aspiración a alcanzar "lo necesario" sería considerada hoy un anacronismo surrealista, si no fuera porque éso, que se estima necesidad, es en gran medida lo superfluo, perdidas ya sus connotaciones de demasía dispendiosa y lujo ostentoso que otrora lo hacía reconocible para todos. Al brindarse actualmente al alcance de las grandes mayorías, el seguir no obstante percibiéndolo como consumo superfluo no es sino un empeño intelectual. Un empeño que por regla general resulta irritante a

«Decía La Bruyère: "Si comparo conjuntamente las dos condiciones más opuestas del hombre, quiero decir los grandes y el pueblo, este último me parece contentarse con lo necesario y los otros están inquietos y pobres con lo superfino".»

«A poco más de dos siglos y medio de escrita la frase por La Bruyère, nos resulta de todo punto imposible detectar pervivencias de la realidad que exponía. Las revoluciones^ que de ella nos separan, han impuesto el sello profundo de su fuerza transformadora. Hoy, "lo superfluo" se ha tornado en buena cuenta necesidad.»

las mayorías, al cuestionar los supuestos básicos de la economía al uso, así como las apetencias, reales y/o artificiales, que ésta genera a fuerza de impulsar el consumo. Con razón, el propósito de ese ejercicio intelectual es visto como un atentado a la cultura de nuestro tiempo.

Una cultura que implica, en sí misma, una "revolución existencial", en cuanto síntesis decantada de las grandes revoluciones sociales, científicas y técnicas que han conformado nuestra historia desde el último tercio del siglo XVIII. Nuestra vida se ha visto dramáticamente transformada en todos los órdenes. La aceleración del cambio ha sido y es creciente. Inmersos como estamos en el proceso, desde la cuna, la innovación constante ha pasado a ser un ingrediente rutinario de nuestra existencia. Afecta a todos los aspectos de la misma: las diversas y simultáneas formas de convivencia —familiar, laboral, social, política, ..—; nuestro quehacer profesional, institucional, espiritual, lúdico,...; la actitud ante la moral, la intimidad, el pasado y el futuro, el medio ambiente,... La esencial relativización de todo, coincide —aunque no casualmente— con la mayor cota de seguridad colectiva jamás alcanzada.

En esa cima histórica de lo contradictorio que nos ha tocado en suerte —venturosa la circunstancia, a no dudarlo—, forzoso es plantearnos qué posibilidades de pervivencia tiene nuestro modo de vivir y de organizarnos socialmente: qué perspectivas cabe avizorar, desde la dinámica general de evolución y transformación que hoy contemplamos. ¿Hay o no un mañana posible, al paso y en la orientación que se va, si seguimos afanados en el logro del progreso continuo y sin límite? ¿O ha llegado, acaso, la hora de la revisión esencial; del enfriamiento de esa dinámica, de la involución o del replanteamiento de la esencia misma de nuestra actual concepción de la sociedad? Hace tiempo que el debate está abierto.

Una cuestión complementaria exigiría dilucidar si, en caso de requerir adaptaciones a cambios de radical alcance, nuestra civilización sería capaz de llevarlos a término de manera ordenada y pacífica.

Los últimos lustros del siglo XVIII, contemplados con perspectiva histórica, aparecen como el momento inicial de un cambio trascendente en el destino del hombre. De forma simultánea —por más que la coincidencia, de hecho, fuera fortuita—, dieron comienzo entonces dos procesos: uno, que implicaba la transformación radical de la concepción del hombre en el seno de la sociedad y, por consiguiente, de la sociedad misma; el otro —que había de terminar innovando de manera

absoluta el concepto y las técnicas de la producción de bienes y servicios— buscaba liberar al hombre de su servidumbre ancestral ante el hecho de la escasez, al tiempo que planteaba la posibilidad de la abundancia como meta alcanzable.

Efectivamente, en esa Europa Occidental tan pródiga en el papel de vanguardia innovadora de la humanidad, eran engendradas por esos años dos "revoluciones". Una de ellas, en Francia, violenta y abrupta, ponía fin a una mentalidad y a unas estructuras estamentales petrificadas y corroídas por la proliferación de los privilegios. La otra, en las Islas Británicas, progresiva en su desarrollo escalonado, primordialmente urbana y masificadora, fue adquiriendo con el tiempo una dinámica crecientemente acelerada, hasta convertirse de hecho en una "revolución continua" del ingenio al servicio de la modernización. Ambas han de ser objeto de una reflexión por separado en el curso de esta meditación.

Empecemos aquí con la segunda: la que se ha dado en llamar "Revolución Industrial" y que, en buena cuenta, ha alcanzado a ser mucho más "que la mera expansión de la producción". Como nos lo recuerda un conocido historiador inglés, "transformó los procesos de elaboración de un número de productos, dio lugar a la aparición del sistema de fabricación moderno y, eventualmente, engendró asimismo una nueva sociedad industrial"⁽²⁾; y de consumo, convendría oportunamente añadir. Como fenómeno de generalización del bienestar no tiene parangón en la historia, salvo que nos remontemos a la aparición de la agricultura, como forma de vida sedentaria, y a la iniciación de la existencia colectiva en núcleos urbanos⁽³⁾.

Un cambio tan trascendental no se produjo sin sufrimiento e injusticias. La industrialización atrajo hacia los centros urbanos y mineros a buena parte de la población rural, produciéndose el fenómeno conocido como "desarraigo", que conllevó incontables padecimientos. Los nuevos pobladores de las ciudades, espoleados por la esperanza de encontrar oportunidades para labrarse una vida mejor, acudían en masa a una existencia que desconocían y en la que tan sólo contaban con su capacidad de trabajo carente de cualificación alguna. Ni los núcleos urbanos a los que afluían contaban con previsión habitacional alguna, ni la oferta de trabajo era tan abundante como la corriente inmigratoria requería, ni la nueva existencia despersonalizada brindaba las salvaguardas de apoyo y solidaridad más o menos tradicionales en la vida del campo. Así, las condiciones para un proceso de explotación desembozada estaban dadas.

Por su lado, los miembros de la naciente burguesía empresarial, a fines del XVIII y comienzos del XIX, se sentían paladines de la modernidad, y sin

«¿Hay o no un mañana posible, al paso y en la orientación que se va, si seguimos afanados en el logro del progreso continuo y sin límite? ¿O ha llegado, acaso, la hora de la revisión esencial; del enfriamiento de esa dinámica, de la involución o del replanteamiento de la esencia misma de nuestra actual concepción de la sociedad?.»

«Los miembros de la naciente burguesía empresarial, afines del XVIII y comienzos del XIX, se sentían paladines de la modernidad, y sin duda lo eran. En ellos, el cambio de mentalidad era patente. Atrás quedaban los viejos esquemas y las prácticas de la llamada burguesía financiera y comercial del Antiguo Régimen, así como los métodos de elaboración, pieza a pieza, de los gremios artesanales.»

duda lo eran. En ellos, el cambio de mentalidad era patente. Atrás quedaban los viejos esquemas y las prácticas de la llamada burguesía financiera y comercial del Antiguo Régimen, así como los métodos de elaboración, pieza a pieza, de los gremios artesanales. Los nuevos empresarios irrumpen con utillaje que incorpora y aplica paulatinamente los inventos que van apareciendo y se proponen la producción en serie, a otra escala. Sus concepciones innovadoras cambian progresivamente rutinas y tradiciones, terminando por la drástica transformación de la sociedad misma. En el transcurso de un proceso de cambio, crecientemente acelerado, todas las relaciones del ciudadano llegarán a quedar afectadas, ya sea en el orden público como en el privado.

Pero, aunque esos nuevos empresarios modernos eran inicialmente conscientes de su meritorio papel innovador, ignoraban lógicamente las consecuencias radicales que conllevaba su emprendimiento. Frente a la proliferación de trabas propias del Antiguo Régimen, patrocinaron la libertad a ultranza de mercado. Descubierta la bonanza del proceso de acumulación y reinversión de las ganancias, tardaron en hacer otro tanto con la relación salario-consumo y la consecuente ampliación del mercado potencial que ésta albergaba. Se obstinaron en considerar los salarios de subsistencia como piedra angular del naciente sistema de producción y presionaron tenazmente sobre las instituciones públicas a fin de que el Estado no optara por la intervención correctora que, en las distintas fases de la evolución ulterior del mercado, ha tenido que ir asumiendo.

La historia de esas incidencias a lo largo de los dos últimos siglos es bien conocida y sobra, por consiguiente, insistir en mayores detalles para el propósito que nos mueve. Baste, pues, las frases que anteceden como escueto apunte de una ley que históricamente no parece que haya tenido excepciones: así, todo cambio paradigmático, en la existencia social del hombre, se inicia con una fase dolorosa y más o menos prolongada de inusuales padecimientos. La era que inaugura la Revolución Industrial y que había de proporcionar a una parte significativa de la humanidad unas cotas de bienestar insospechadas, sabido es que no ha sido ni mucho menos una excepción a esa regla. El quid de esta insoslayable experiencia estriba en que, los que son padecimientos de una era que comienza, lo son a la vez de la que acaba. No todos se originan en la ignorancia de las consecuencias que acarrearán las innovaciones y en la tardanza en admitir los correctivos. Muchos son una resultante de la resistencia al cambio. Es de prever, en consecuencia, que el fin de la sociedad en que vivimos venga asimismo acompañado de un cúmulo de sufrimientos semejantes. Pero,

tal circunstancia no constituirá augurio suficiente. Sin duda, a más de padecimientos, se requerirán otros indicios significativos, reveladores del grado de agotamiento del paradigma vigente.

En el decurso de esos dos siglos que nos separan de los albores de la Revolución Industrial, muchas han sido por fuerza las vicisitudes que ha inducido y experimentado el proceso productivo de bienes y servicios. A la radical transformación de los mercados regionales y nacionales, ha venido a sumarse su universalización; al impulso original y ulterior del carbón y del acero, del vapor y de la electricidad, la lanzadera y el motor de combustión, se han ido incorporando, cada vez a mayor ritmo, un asombroso número de inventos y metodologías; a la fase de utilización industrial de los productos naturales, han sucedido otras que han recurrido también a productos sintéticos, microscópicos o de muy diversa y evolucionada artificialidad, llegando a la alteración física, química o biológica de la naturaleza. .. En la era de los microchips, de los ordenadores de enésima generación, de los semiconductores, de los empeños afanosos por el dominio de los genes y las galaxias, ante el hombre se alza una realidad que parece proclamar que toda invención y todo sueño pueden llegar a ser en breve parte del acervo disponible a influir notoriamente en el incremento de su bienestar.

Y, sin embargo, el escepticismo, la desconfianza, la angustia y la inseguridad son asimismo parte muy principal del clima psicológico individual y colectivo de nuestra presente existencia. El optimismo y la confianza que embargaba a nuestros abuelos, en las últimas décadas del siglo pasado, se ha esfumado. "Está en entredicho la concepción de un proceso abierto hacia el infinito y sinónimo del progreso continuo"⁽⁴⁾, precisamente cuando más justificada parecería la actitud contraria, a la vista del asombro sin intermitencias que nos deparan la ciencia y la técnica. Pero, pese a ese pasmo, que es real, coincidimos todos al tiempo, sin objeción, con el diagnóstico de ese gran historiador contemporáneo que es A.J.P. Taylor: "El progreso ha sido la gran baja de nuestra época"⁽⁵⁾.

¿Por qué esa contradicción tan sorprendente? Diversas han sido las explicaciones que se han querido dar al fenómeno. El peligro de un potencial aniquilamiento nuclear; el creciente frenesí de una existencia contra natura; la incontenible eclosión demográfica; la progresiva destrucción del medio ambiente; el agotamiento de los recursos no renovables; o la suma de todas o parte de tales catastróficas acechanzas.

«La historia de esas incidencias a lo largo de los dos últimos siglos es bien conocida. Baste, pues, las frases que anteceden como escueto apunte de una ley que históricamente no parece que haya tenido excepciones: así, todo cambio paradigmático, en la existencia social del hombre, se inicia con una fase dolorosa y más o menos prolongada de inusuales padecimientos.»

«Y, sin embargo, el escepticismo, la desconfianza, la angustia y la inseguridad son asimismo parte muy principal del clima psicológico individual y colectivo de nuestra presente existencia. El optimismo y la confianza que embargaba a nuestros abuelos, en las últimas décadas del siglo pasado, se ha esfumado. "Está en entredicho la concepción de un proceso abierto hacia el infinito y sinónimo del progreso continuo".»

Son evidencias que están a la vista y que no vale descartar sin más. Ciertamente, la evolución de acontecimientos imprevistos o inducidos, los previsibles recursos de la técnica y de la innovación científica, la mayor concientización de la opinión mundial,... podrán aportar paliativos, retardar los efectos desoladores que se anticipan, incluso solucionar radicalmente acaso alguna de esas potenciales calamidades. Pero, los interrogantes ahí están... a la espera de seguridades ciertas.

¿Se alcanzarán? ¿Quién podrá negar en justicia las aspiraciones a llegar a ser "primer mundo" de las naciones que conformaban el "segundo"? De igual manera ¿qué objeción válida cabe oponer a un similar deseo de desarrollo y de sustancial mejora de niveles de vida por parte del "tercer mundo"? Y, sin embargo, si a las actuales cotas de consumo de recursos no renovables, nos estamos preguntando ya, de hace unos años, cómo podremos mantener en el futuro nuestro modo de vida, ¿cuál será la solución arbitrable el día en que efectivamente se incorporen al bienestar esa amplia fracción mayoritaria de la humanidad? ¿Habrá solución posible sin implantarse en su esencia nuestra concepción de la sociedad el mundo?... ¿Podrá preservarse suficientemente la Tierra de la degradación ecológica previsible, al incrementarse tan sustancialmente los niveles de contaminación?...

Similares interrogantes plantea la superlativa tecnificación alcanzada en los procesos de producción, organización y distribución. El pleno empleo ha pasado de estimarse aspiración realizable, a su actual condición de "mito", que todos invocan y en el que ya nadie cree. La convicción de que cada vez habrá menos empleo exige el abandono de programas demagógicos, que sólo generan confusión y engaño, así como el abordar el consiguiente cambio de mentalidad. Más que subsidiar el paro, habría que ir pensando en retribuir el ocio, y cómo hacerlo. A la creciente multitud, que ya no volverá a trabajar en lo que resta de sus vidas y a quienes han de experimentar la peripecia de no llegar a hacerlo jamás, hay que evitarles el estigma que aún hoy conlleva la condición de parado. Quien a su pesar carece de empleo, porque a fin de cuentas la sociedad no requiere su esfuerzo y habilidad, ha de poder encontrar en la ocupación de su ocio una nueva dignidad y, lo que es igualmente primordial, un medio retribuido de vida. Estamos ya en presencia de esa realidad. Cabe asegurar que se irá agudizando hasta que ya no quepan soluciones parciales de circunstancia. Se yergue, pues, como otro gran interrogante de futuro

próximo, una cuestión previa que requiere respuesta: ¿será posible la retribución de ese ocio tan generalizado, sin un cambio esencial en la concepción de la sociedad actual?...

Son preguntas que demandan ya soluciones imaginativas sin precedentes y de colosal dificultad, a las que no parece que vayamos a encontrar escapatoria.

La Ciudad Libre de Hamburgo otorgó el Premio Lessing a Hannah Arendt a poco de iniciarse la última postguerra mundial. Con ello provocó un penetrante y memorable discurso de agradecimiento, que la discípula preferida de Jaspers incluyó poco después en su colección de ensayos titulada "Hombres en Tiempos de Oscuridad". En aquella alocución, anotaba Arendt que la "fraternidad" fue una dimensión "que la Revolución Francesa agregó a la libertad y a la igualdad, que siempre fueron categorías de la esfera política del hombre"; y que entonces, por primera vez, la "compasión" —que ya había ocupado un lugar importante en la obra de Lessing y de Rousseau— "se convirtió en el motivo central de lo revolucionario en Robespierre"⁽⁶⁾.

Quedaba configurada así una trilogía —que hoy sería rotulada de "emblemática"— con la que en adelante se identificaría, al menos de palabra, el espíritu revolucionario. Una y otra vez, el buen sentido procuró el equilibrio entre las tres "categorías", buscando la armonía por la vía de las compensaciones y de las limitaciones de unas con las otras. Una armonía, sin embargo, que se vio amenazada recurrentemente y en algunos casos subvertida por el espíritu revolucionario predominante en uno u otro momento. Y como resultado de ese juego de fuerzas contrapuestas, la historia contemporánea de Europa, y a través de ella la del resto del mundo, se ha visto condicionada y, a la postre, moldeada por las vicisitudes de esa pugna.

En el plano de la ideología activa, el fenómeno era una novedad. Con anterioridad a la Revolución Francesa y a partir de la aparición histórica del Estado Moderno, las aspiraciones de libertad e igualdad fueron esencialmente concepciones ideales, sin aplicación práctica digna de mención. Tan sólo en ciertas revueltas generadas por "agravios" concretos y de orden local, se recurría a ellas a posterior!, en busca de fundamento justificativo. Por consiguiente, cuando entonces se hablaba de libertad, en singular, el término solía ir referido al status de la persona, mientras que al hacerlo en plural, se englobaba un conjunto de derechos consagrados

«Los interrogantes ahí están... a la espera de seguridades ciertas. ¿Se alcanzarán? ¿Quién podrá negar en justicia las aspiraciones a llegar a ser "primer mundo" de las naciones que conformaban el "segundo"? De igual manera ¿qué objeción válida cabe oponer a un similar deseo de desarrollo y de sustancial mejora de niveles de vida por parte del "tercer mundo"?.»

«Y, sin embargo, si a las actuales cotas de consumo de recursos no renovables, nos estamos preguntando ya, desde hace unos años, cómo podremos mantener en el futuro nuestro modo de vida, ¿cuál será la solución arbitrable el día en que efectivamente se incorporen al bienestar esa amplia franja mayoritaria de la humanidad?..»

por el uso, así como otros otorgados por el monarca en calidad de fueros; "privilegios", en definitiva, que sólo beneficiaban a una parte de la población en cuyo nombre solían ser invocados.

La igualdad, por su lado, como es del caso en una sociedad estamental —minuciosamente jerarquizada en sus estamentos superiores—, simple y llanamente era ignorada en el orden práctico. En el medievo, su pretensión habría sido considerada desvarío singular, a más de un atentado a lo que se estimaba explícita voluntad divina. Una situación, ésa, que la monarquía absoluta no alteró, habida cuenta de la justificación doctrinal de su propio origen.

Por último, la fraternidad, en su manifestación práctica de "compasión", era ejercicio exclusivo de la Iglesia —y de la feligresía a través de ella— mediante la práctica de la virtud de la "caridad". Una noción que entrañaba una disposición libérrima del donante, que podía ejercitarla o no; o hacerlo en unos casos y en otros no, a su antojo. Un ejercicio, por tanto, que en ningún caso llegaba a concebirse como un derecho del necesitado, sino todo lo más como una relativa obligación moral de aliviar la miseria. Una miseria —según Latreille— que "parecía algo crónico, inevitable, de la que los grandes no tenían por costumbre apiadarse"⁽⁷⁾.

Quebrando ese marco conceptual e institucional, sabido es que la Revolución Francesa introduce la categoría de "ciudadano". Toda persona, por el mero hecho de haber nacido y ser miembro de una nación, es considerado tal y, en consecuencia, titular de las libertades, derechos y obligaciones inherentes a esa condición. Las libertades son tanto de orden moral como individual, y su ejercicio queda en principio garantizado por la ley. La Libertad, con mayúscula, se presenta así ordenada y condicionada por ese conjunto de libertades explícitamente enunciadas y por la normativa complementaria que garantiza su invocación y puesta en práctica.

De igual forma, la Igualdad —también con mayúscula—, a la hora de alcanzar concreción, se torna "igualdad ante la ley". Todo ciudadano tiene el inequívoco derecho a ser considerado igual que cualquier otro ante el ordenamiento jurídico. No cabe discriminación alguna, en principio, en la aplicación de este último y, por consiguiente, esa prerrogativa es un postulado de justicia y equidad que se quiere evidente.

La realidad no refrendó, sin embargo, esa concepción ideal del "ciudadano", beneficiario de libertades e igual ante la norma y la justicia. Al pasar de la

teoría a la práctica, se introdujeron diferencias que, en último término, cimentaron una nueva concepción de la desigualdad. De hecho, no todo ciudadano, por el mero hecho de serlo, llegaba a disponer de idénticas facilidades para ejercitar sus derechos y libertades, ni arriesgaba lo mismo a la hora de evadir sus obligaciones. En uno y otro caso, la desigualdad fue una resultante de los desequilibrios en la educación y en las oportunidades, de las diferencias patrimoniales, del prestigio social y su reflejo en las posibilidades de acceso y presión sobre los centros de poder, etc., etc. De la desigualdad estamental basada en el privilegio, se desembocó en la desigualdad por acumulación de riqueza en libre competencia.

Así, tanto la primera revolución liberal, la burguesa doctrinaria, como la segunda, la democrática finisecular, con sus respectivos y sucesivos énfasis en la libertad, la primera, y la igualdad, la última, fracasaron en sus empeños a la hora de su puesta en práctica. La fraternidad —la solidaridad, en buena cuenta— fue la gran ausente. Pero, los correctivos no dejaron de llegar y se impusieron desde fuera del sistema. La abierta discordancia, entre lo que se proclamaba y lo que se ponía en práctica, generó olas de protesta cada vez más crecidas, así como movimientos y organizaciones laborales que asumían como bandera la justicia de tales reivindicaciones. Las diversas modalidades de esa confrontación —manifestaciones, huelgas, disturbios, represiones— perturbaron seriamente la normalidad de la vida ciudadana, quebrando cada vez con más frecuencia la paz social y llegando, en ocasiones, a poner en peligro la estabilidad institucional. Ante tal evidencia, el Estado fue abandonando paulatinamente sus postulados no intervencionistas, comprometiéndose a una acción reguladora, equi-bradora y redistribuidora.

De la abstención total, el Estado pasa así, en algo más de un siglo, a una presencia poco menos que absoluta. Invocando como objetivos el bienestar general, el amparo al menos favorecido, la complementariedad productiva de la iniciativa privada, la seguridad ciudadana y nacional, la eficiencia en la salud y en los transportes colectivos, la conservación del medio ambiente y un largo, larguísimo etcétera, la omnipresencia del poder público en todos los aspectos de la vida ciudadana es, hoy, la característica más notoria de la sociedad en la que vivimos. El énfasis en la solidaridad fue el punto de partida y el Estado del bienestar el resultado de llegada. Lo que inicialmente fue mera aplicación de "correctivos", con el tiempo se convirtió en esencia democrática del

«La "fraternidad" fue una dimensión "que la Revolución Francesa agregó a la libertad y a la igualdad, que siempre fueron categorías de la esfera política del hombre"; y que entonces, por primera vez, la "compasión"—que ya había ocupado un lugar importante en la obra de Lessing y de Rousseau— "se convirtió en el motivo central de lo revolucionario en Robespierre".»

«La fraternidad, en su manifestación práctica de "compasión", era ejercicio exclusivo de la Iglesia —y de la feligresía a través de ella— mediante la práctica de la virtud de la "caridad". Una noción que entrañaba una disposición libérrima del donante, que podía ejercitarla o no; o hacerlo en unos casos y en otros no, a su antojo. Un ejercicio, por tanto, que en ningún caso llegaba a concebirse como un derecho del necesitado, sino todo lo más como una relativa obligación moral de aliviar la miseria.»

quehacer institucional. La "compasión" quedó asumida y en buena medida colmada. Pero, ¿cabría decir otro tanto de la fraternidad, la pasión que en su día generara esa compasión?...

La masificación y la quiebra del individualismo conspiran contra ella. De una manera creciente, las relaciones personales han perdido intensidad, conocimiento en profundidad. Cada vez más el trato suele limitarse a intercambios ocasionales; o a rutinas funcionales. A falta de una relación personal más constante y profunda, afectivamente más vinculante, el término amistad se ha visto extendido a modalidades exentas de familiaridad y de auténtico calor humano. No es que aquel otro modo de relación haya desaparecido del todo de la vida actual de una gran urbe, pero es notorio que ya no menudea; que la agitada y apremiante existencia ciudadana ha exigido e impuesto esas nuevas formas menos plenas —y poco enriquecedoras— del tradicional concepto de la amistad. Es un precio significativo, que se ha tenido que ofrendar como tributo a la masificación impuesta por la eclosión demográfica.

Paralelamente, las exigencias del mercado —y otras, al socaire de ellas— han ido conformando un ambiente social de intensa desindividualización, potenciando sistemáticamente el gregarismo a través de la publicidad, de los medios de comunicación y de la masificación de la oferta en general y de los servicios en particular. Hoy, resulta virtualmente imposible que una persona pueda sustraerse suficientemente a las presiones uniformadoras que sobre ella confluyen.

Las dos corrientes, la masificación y la degenerativa del individualismo, son fenómenos complementarios y prácticamente insoslayables, característicos de los dos últimos tercios del siglo XX. Sus modalidades más extremas en el plano político, las formulaciones totalitarias, parecen haberse desacreditado al punto de hacer difícilmente concebibles nuevos florecimientos. Con, todo, no cabe descartarlos de manera radical, haciendo gala de un irresponsable exceso de confianza en los efectos disuasorios de las trágicas experiencias vividas en las décadas centrales de nuestro siglo. Sería temerario olvidar que, en la conjunción de la masificación y la hipertecnificación de la existencia, su alumbramiento será una tentación siempre latente.

Pero, aun sin llegar a extremos potencialmente tan desesperanzadores, es asimismo notorio que las coordenadas de la vida en los países más desarrollados del planeta —dada su evolución en los últimos lustros y las tendencias de futuro que hoy se aprecian— innegablemente conspiran contra la libertad individual. Pesan sobre el ciudadano un cúmulo de leyes, ordenanzas y reglamentos, que condicionan y hasta cuadriculan su vida en un grado sin parangón en la historia. Con el cómodo subterfugio jurídico —moralmente dudoso— de que "la ignorancia no excusa de su cumplimiento", y pese a que su conocimiento desborda ya hasta a los mismos especialistas, al sufrido ciudadano masificado se le exige su estricta observancia. En su existencia personal, se introduce por esa vía una dimensión de inseguridad —cuando no de angustia— absolutamente opuesta a la noción de libertad individual. En compensación, se le brindan con explícito detalle y declamativa insistencia las llamadas "libertades formales", que le son garantizadas con toda solemnidad, por más teórico, engorroso o costoso que resulte su ejercicio en la práctica.

Todo indica que la tendencia no es pasajera y que la actual sociedad, en su dinámica, pareciera enrumbar hacia la agudización de las notas que anteceden: más tecnificación, mayor invasión de la intimidad, menor libertad de gestión y disposición del patrimonio personal —salvo para el consumo—, mayores exigencias en la uniformidad y menor tolerancia con las actitudes individualistas, etc. Ciertas modalidades actuales de automarginación parecen brotar en buena medida de un anhelo de libertad; de una libertad individual, real, vinculada a la persona misma, al margen de su condición de ciudadano.

Tanto psicólogos como sociólogos llevan ya algún tiempo llorando la atención sobre estos fenómenos, que se imputan a causas diversas —añoranzas de la "vida natural", soledad por incapacidad de interrelación social y afectiva, inseguridad y opresión por efectos del medio en exceso tecnificado y del frenesí de la actividad cotidiana,...— y que redundan en una creciente sensación de libertad personal asediada. A la vista de todo ello, parece inevitable plantearse interrogantes sobre el porvenir de la Libertad, con mayúscula. A dos siglos cumplidos de la Revolución Francesa, seguimos en ese extremo: ¿qué esperanzas cabe albergar?; ¿seguirá siendo indefinidamente una utopía hasta como meta aproximativa?... ¿Qué va a ser del humanismo —del humanismo sin adjetivos, del humanismo a secas— en cuanto empeño de liberar al menos el espíritu del hombre?... ¿Es

«Así, tanto la primera revolución liberal, la burguesa doctrinaria, como la segunda, la democrática finisecular, con sus respectivos y sucesivos énfasis en la libertad, la primera, y la igualdad, la última, fracasaron en sus empeños a la hora de supuesta en práctica. La fraternidad—la solidaridad, en buena cuenta—fue la gran ausente.»

«De la abstención total, el Estado pasa así, en algo más de un siglo, a una presencia poco menos que absoluta. Invocando como objetivos el bienestar general, el amparo al menos favorecido, la complementariedad productiva de la iniciativa privada, la seguridad ciudadana y nacional, la eficiencia en la salud y en los transportes colectivos, la conservación del medio ambiente y un largo, larguísimo etcétera, la omnipresencia del poder público en todos los aspectos de la vida ciudadana es, hoy, la característica más notoria de la sociedad en la que vivimos.»

acaso más libre el hombre hoy que hace dos siglos?...

La segunda revolución liberal —la que se conoce como "democrática" y que se anticipa en los Estados Unidos— empieza a tener reflejo institucional en la Europa occidental en el último tercio del siglo pasado. El voto unipersonal se ve extendido a toda la población masculina mayor de edad, así como la capacidad de ser elegido sin condicionantes patrimoniales o académicos. Las asociaciones para la defensa y promoción de intereses gremiales pasan a ser paulatinamente autorizadas, en tanto que se inicia el proceso de generalización de la educación, aunque todavía no el de la salud. En síntesis: se intenta poner en marcha un movimiento en procura de una más efectiva igualdad básica de la ciudadanía, sin pretender en todo caso salirse de un esquema de inspiración y límites netamente liberales.

En definitiva, se trata de un triunfo postumo de los postulados que alentaron a la Revolución de 1848 y que de hecho tardaron unas décadas en ir encontrando un ambiente propicio. La dinámica social, en ese lapso, experimentó cambios profundos: por un lado, con la conformación de unas fuerzas proletarias cada vez más conscientes de su número —que iba aceleradamente en aumento— y de las posibilidades a su alcance, en el caso de lograr cohesión; por otro, con la progresiva toma de conciencia de las clases medias del papel central que les correspondía para la conjunción de los intereses en pugna, obrando desde la moderación abierta y flexible, pese a su inercia conservadora; y, finalmente, con la consolidación de una "gran burguesía" —a su manera aristocratizante—, que también irá adquiriendo la convicción de tener que contar con apoyos externos.

La interacción de los componente de esos tres ámbitos sociales, a lo largo del último siglo, ha sido la fuerza moldeadora que ha dado por resultado la sociedad actual y los intereses sociales hoy en presencia. El proceso no fue en modo alguno altruista; fue, en todo momento, una confrontación difícil, bronca y polémica, y a menudo violenta. No escasearon los episodios sangrientos de enfrentamiento y represión. Los movimientos obreros, la creciente sindicalización, los empeños cooperativistas, así como los diversos flujos del pensamiento político originariamente revolucionarios, fueron contribuyendo de manera

significativa al cambio gradual y a la flexibilización de las posiciones gubernamentales y empresariales.

El proceso se vio asimismo condicionado —y espoleado— por los totalitarismos de uno u otro signo y sus respectivas "revoluciones". Con sus ensayos de implantación de sociedades ideológicamente exclusivistas y opresoras, estuvieron al borde de quebrar la continuidad de ese proceso histórico y de embarcar a la humanidad en un era trágica de involución radical. Las poblaciones fueron diezmadas por sus propios gobiernos y los espíritus sojuzgados. Sus ensayos de organización social —a los que despiadadamente ofrendaron tanto dolor y espanto ajenos— terminaron por poner en evidencia su absoluta inviabilidad e inapelable fracaso.

En clara contraposición, en cambio, se presenta la situación actual de las sociedades que basaron la evolución de su desarrollo en la combinación del pluralismo político con alguna de las diversas modalidades atemperadas de economía de mercado. Pese a sus errores de recorrido y a los vaivenes experimentados por causas ajenas, resulta hoy patente que han sido ellas las que han brindado los más altos niveles de bienestar generalizado de toda la experiencia histórica humana. A cualquiera que haga el ejercicio de retrotraerse en espíritu, tan sólo unas décadas, la realidad que presentan actualmente las naciones desarrolladas, ha de parecerle, bajo esa perspectiva, algo asombroso. No es del caso insistir en lo que ya queda apuntado al respecto más arriba. Pero sí parece oportuno señalar aquí que, junto a esos niveles singulares de bienestar, simultáneamente han sido también alcanzadas las cotas más satisfactorias de redistribución básica de la riqueza jamás conocidas. No obstante las deficiencias que aún puedan atribuírsele, forzoso es el admitir que el Estado del bienestar es una realidad que se exalta por sí misma, a la vista de sus resultados.

De hecho, los problemas provienen precisamente de su éxito. Por un lado está su propia dinámica. La diversidad de prestaciones, que hoy configuran el esquema de la seguridad social, fue haciendo su aparición de forma paulatina a lo largo del último centenar de años. Las legislaciones de los distintos países fueron incorporándose gradualmente, de forma acumulativa, hasta llegar a los "niveles de cobertura" que hoy se disfrutan. ¿Puede ese proceso, de ampliación del número y calidad de las prestaciones, mantenerse indefinidamente? Esa es precisamente la duda que está

«Las exigencias del mercado han ido conformando un ambiente social de intensa desindividualización, potenciando sistemáticamente el gregarismo a través de la publicidad, de los medios de comunicación y de la masificación de la oferta en general y de los servicios en particular. Hoy, resulta virtualmente imposible que una persona pueda sustraerse suficientemente a las presiones uniformadoras que sobre ella confluyen.»

«Es asimismo notorio que las coordenadas de la vida en los países más desarrollados del planeta —dada su evolución en los últimos lustros y las tendencias de futuro que hoy se aprecian— innegablemente conspiran contra la libertad individual. Pesan sobre el ciudadano un cúmulo de leyes, ordenanzas y reglamentos, que condicionan y hasta cuadrículan su vida en un grado sin parangón en la historia.»

planteada desde hace unos años y que parece no sólo decantarse negativamente, sino en sentido contrario, poniendo en tela de juicio la conservación de las mismas a sus cotas actuales. Los indicadores inclinan al pesi mismo y dibujan un futuro incierto y preocupante. El notorio aumento de los costos operativos; el deterioro de la relación entre la población ocupada y activa, por un lado, y la desocupada y pasiva, por otro; el creciente cuestionamiento de los techos máximos de contribución, constituyen otros tantos hontanares de dudas, que están resultando de muy difícil compaginación con el crecimiento continuo que la economía competitiva demanda. A corto, más que a medio plazo, la interrogante sobre "qué hacer con la seguridad social" está en la agenda de las grandes cuestiones de Estado pendientes de solución.

De otra parte, el éxito ha puesto en evidencia otro problema de envergadura y de carácter ya global: el de la "fraternidad" entre los pueblos. Ya no es cuestión de la hermandad entre los propios nacionales —cuya quiebra parece renacer en las crisis—, sino de aquella que desborda los límites del área continental. Ciertamente, en algunos aspectos concretos, la sensibilidad ha tenido despertares positivos. La violación de los derechos humanos, por ejemplo, debidamente puesta en evidencia por organizaciones específicas, por intereses políticos o simplemente por los medios de comunicación masivos, suelen promover indignación y movimientos de condena.

Otro tanto ocurre con los destellos de violencia racista. Por ahora, la condena es abrumadoramente mayoritaria, clara y explícita. La sensibilidad general sigue reaccionando en abierta concordancia con el código ético que se ha ido decantando tras las sucesivas "declaraciones de derechos del hombre", desde el libro de Payne, el subsiguiente "Bill of Rights" y la declaración francesa de 1789, hasta la "universal" de las Naciones Unidas de 1948. La solidaridad con los pueblos desolados por la guerra y la sequía, por la enfermedad y el hambre, es también una manifestación muy actual de esa evolucionada sensibilidad que aglutina el respaldo inequívoco de la opinión, siempre y cuando las fórmulas de ayuda que se planteen no afecten a la economía de bienestar que se disfruta.

Pero tanto civilizado altruismo, tan respetable sensibilidad y aparente sintonía con la tragedia ajena, encubren una realidad bastante menos encomiable, que, a su vez, también resulta fuente de serios interrogantes y hondas preocupaciones de futuro. De una parte, las inmigraciones clandestinas que, con carácter global han empezado ya a

configurar una trashuman-cia poblacional espontánea, carecen de precedente histórico por su singular envergadura. Al tiempo que persiste, fuera de los países desarrollados, la emigración masiva del campo a las ciudades, se está produciendo igualmente un incontenible aumento del fenómeno migratorio del Segundo y Tercer Mundos hacia el Primero. Un informe reciente (1993) sobre "La Situación de la Población Mundial", presentado por las Naciones Unidas, llama la atención sobre sus alarmantes proporciones y llega a aceptar, como principio, el derecho de los países a protegerse mediante la reglamentación, e incluso la prohibición total, del acceso a su territorio de esos flujos de población doliente en busca de "un lugar al sol".

Pero, ¿es acaso pensable que, acosada como lo está por el hambre y la miseria en sus lugares de origen, esa masiva emigración a la desesperada vaya a ser contenida por leyes y ordenanzas?... ¿No resulta un autoengaño tomar como pretexto los símbolos aberrantes del energumenismo racista de nuestros días, para despachar a la ligera la explicación del fenómeno con el calificativo de rebotes de ultraderecha?... Su accionar esquizofrénico es, ciertamente, desasosegante en extremo. Razón de más para buscar honestamente sus raíces. No cabe cegarse ante el hecho —alarmante en sí— de la brutal violencia que caracteriza a tan condenables "rebotes" y olvidar que se originan, básicamente, en un medio social que experimenta la convivencia directa con esa inmigración foránea, víctima de su odio.

Los dramas humanos colectivos no son imputables a simples reacciones elementales, como en estos casos los de egoísmo o de intolerancia, aunque a primera vista puedan parecerlo. La comprensión en profundidad de los hechos trasciende casi siempre a sus protagonistas. En el rechazo creciente de poblaciones exóticas que hoy se presencia, parece forzoso considerar como elemento trascendente el componente cultural. Cuanto más contrapuesta sea la diversidad a ese respecto, más hondura —y acaso más violencia— acumula la repulsa. Los inmigrantes originarios de otra civilización —por *razón* de etnia, lengua, religión, costumbres...— ofrecen pocas perspectivas de asimilación. Por inercia e impulsos defensivos y de mutua ayuda, su proclividad a agruparse en guetos, no sólo conlleva la segregación de hecho, sino que también les configura como blanco "incitante".

«Con sus ensayos de implantación de sociedades ideológicamente exclusivistas y opresoras, estuvieron al borde de quebrar la continuidad de ese proceso histórico y de embarcar a la humanidad en un era trágica de involución radical. Las poblaciones fueron diezmadas por sus propios gobiernos y los espíritus sojuzgados. Sus ensayos de organización social—a los que despiadadamente ofrendaron tanto dolor y espanto ajenos— terminaron por poner en evidencia su absoluta inviabilidad e inapelable fracaso.»

« No obstante las deficiencias que aún puedan atribuírsele, forzoso es el admitir que el Estado del bienestar es una realidad que se exalta por sí misma, a la vista de sus resultados. De hecho, los problemas provienen precisamente de su éxito. Por un lado está su propia dinámica. La diversidad de prestaciones, que hoy configuran el esquema de la seguridad social, fueron incorporándose gradualmente, de forma acumulativa, hasta llegar a los "niveles de cobertura" que hoy se disfrutan. ¿Puede este proceso, de ampliación del número y calidad de las prestaciones, mantenerse indefinidamente?.»

Al mismo tiempo, no cabe olvidar que las repulsas colectivas no se fundamentan ni amparan necesariamente en razones "justas" y "presentables". Con suma frecuencia se generan en el miedo, sentimiento de escasa o ninguna racionalidad cuando se trata de fenómenos sociales más o menos masivos. Las víctimas de las reacciones que provoca el temor pueden ser totalmente ajenas o marginales a la causa eficiente del mismo. Los "rebotes" de racismo violento reclaman con urgencia el sacar a la luz esas causas hondas y reales de perturbación colectiva, verdadera raíz del mal, y no quedarse, como hasta ahora, en la apariencia primera del drama.

Por otro lado, a escala supranacional, hoy por hoy se parte de la convicción de que la "igualdad" es una utopía aun más ilusoria que a nivel personal. Se guardan ciertamente las formas protocolarias, pero, ni cabe hacer abstracción de las marcadas disparidades de potencial que presentan los países, ni es pensable que llegue el día en que, en el concierto internacional, su peso específico sea medianamente equilibrado. Junto a esa evidencia, cada país —y también cada continente— disfruta o padece su imagen, según sea la noción que de su realidad tenga en cada momento la opinión internacional. Las consecuencias que se siguen de tales circunstancias son por demás variadas y significativas. Uno y otro elemento, potencial e imagen, pueden condenar o no, positiva o negativamente, a los nacionales de un país a través de los condicionamientos a que se someten tanto oportunidades como opciones. El cuadro de desventajas y menoscabo que padecen de hecho las poblaciones del Tercer Mundo, configuran una situación de la que, para la inmensa mayoría, resulta prácticamente imposible escapar. La sociedad internacional tiene hoy rigideces que recuerdan las de la sociedad estamental, en sus postrimerías.

No es ésa la única coincidencia relativa. De hecho, la vigente estructura del orden internacional, con sus profundas desigualdades a nivel continental, nacional y ciudadano, recuerda en bastantes aspectos, a escala mundial, lo que fuera, en el orden interno, la sociedad conformada por la aparición del Estado Moderno. Los problemas que se engloban bajo el rótulo de "relación Norte-Sur" —marcados desniveles de renta per cápita, dependencia financiera y tecnológica, progresivo deterioro de los "términos del intercambio comercial", barreras migratorias, etc.— tiene, hoy por hoy, una sustentación efectiva en la disparidad económica, cultural y política entre los

países; y, por consiguiente, también en su poder militar. La fragilidad y posibles fuentes de inestabilidad de esa estructura, al igual que ocurrió en el Antiguo Régimen a medida que se fue aproximando a su "quiebra", es la aparente notoriedad de esas disparidades en el reparto de la riqueza mundial y, como consecuencia, también la radical inequidad en el disfrute de las ventajas que brinda el "bienestar".

El esquema de estas ventajas y desventajas se asemeja, de alguna manera, a la seguridad que deparaban los antiguos "privilegios". Pero, al igual que ocurría con estos, es previsible que el paso del tiempo termine por desvirtuar el origen y la justificación de su existencia. Las prácticas proteccionistas a las que en los diversos órdenes tienen que recurrir las naciones desarrolladas, para conservar y defender sus márgenes de riqueza comparativa, delatan a las claras tal evolución en la práctica actual. En la dinámica desencadenada por el fracaso del comunismo de Estado, las previsibles pretensiones de los países que conformaban el Segundo Mundo, así como las de las naciones iberoamericanas, bien pudieran dar lugar a protagonismos parecidos a los de la burguesía del XVIII. Como ésta, unos y otros, de seguro, invocarán no sólo la justicia de sus propias aspiraciones, sino también las más inquietantes y patéticas del "común", actual Tercer Mundo.

Más allá de las ayudas y la cooperación que el Primer Mundo brinda a los demás, la marginación de la "fraternidad" en las relaciones entre los pueblos es un hecho urticante. Sin duda, se tiene clara conciencia de ello, como lo demuestra la serie interminable de declaraciones y promesas formuladas en conferencias y foros internacionales. A la hora de la verdad, sin embargo, las medidas que se aplican no pasan de meros paliativos circunstanciales, al tiempo que las diferencias y las necesidades crecen. Tal realidad, de continuar así, abre otra perspectiva de alarma ante los graves conflictos potenciales que vienen a sumarse al preocupante cuadro de las cuestiones ya apuntadas. Nuevos interrogantes se acumulan así a los que ya se han visto, en espera acuciante de soluciones efectivas. Como a nadie se le oculta, en su conjunto, configuran el repertorio de problemas trascendentales que, cual descomunal desafío, se alza ante un mañana que ya es hoy.

Llega a su fin esta "Meditación Sombría". Los problemas que se han ido abordando en su recorrido son en verdad desazonantes. Su solución va a requerir singulares dosis de paciencia, esfuerzo, sacrificio e ingenio. Es de esperar que la humanidad genere las energías, la cohesión, la generosidad,

«La sensibilidad general sigue reaccionando en abierta concordancia con el código ético que se ha ido decantando tras las sucesivas "declaraciones de derechos del hombre".»

«La solidaridad con los pueblos desolados por la guerra y la sequía, por la enfermedad y el hambre, es también una manifestación muy actual de esa evolucionada sensibilidad que aglutina el respaldo inequívoco de la opinión, siempre y cuando las fórmulas de ayuda que se planteen no afecten a la economía de bienestar que se disfruta.»

la visión lúcida y el talento que ello va a demandar, tanto de parte de los pueblos en general, como muy particularmente de quienes habrán de tomar las decisiones y conducir los procesos de puesta en práctica de las soluciones que se intenten.

La propia entidad de las cuestiones que están planteadas es el exponente claro del extraordinario interés que ofrece la existencia contemporánea. Otras épocas históricas han tenido que vérselas con problemas semejantes; cuestiones que también entonces parecieron de muy difícil o imposible solución. Ninguna experiencia es del todo nueva bajo el sol. Importa, sí, atinar a dar respuestas pacíficas, que en sí engendren el menor sufrimiento y mantengan la mejor calidad de vida.

En cualquier caso, a lo largo de la presente reflexión, parecería haber quedado en evidencia un hecho revelador. Diríase que el espectro de posibilidades abierto por las sucesivas revoluciones, en los dos últimos siglos, estaría hoy prácticamente agotado o a punto de estarlo. La espléndida realidad que bajo sus sucesivos estímulos se fue conformando, ha puesto ya al descubierto los límites —al parecer infranqueables— que se oponen al desarrollo "teóricamente" ilimitado que se creía ya alcanzado. Lo que hace aún muy pocas décadas, se contemplaba con asombro y admiración como incomparable panacea, la del crecimiento continuo, hoy, como se ha apuntado, ya no es sino una inercia que el "sistema" exige para su supervivencia, pero que se sabe imposible de mantener con carácter indefinido.

La humanidad se haya, así, en el muy probable trance de tener que idear un nuevo paradigma de convivencia y organización social. Tras haber logrado descubrir las técnicas que han llevado al dominio material de la escasez —por un corto lapso y tan sólo en las áreas de gran desarrollo— y antes de poder llegar a su generalización —si esa era la intención—, se ha percatado patéticamente de la limitación de sus recursos naturales. Bien a su pesar, ha empezado a avizorar, con incipiente pero clara preocupación minoritaria, la cercanía del día en que se tenga que plantear la ineludible exigencia de ese cambio paradigmático, agotadas las dilaciones ingeniosísimas que los descubrimientos científicos y tecnológicos puedan todavía aportar.

Previamente, se habrá de pasar por un redescubrimiento de la escasez; redescubrimiento por las naciones más adelantadas, se entiende, pues las demás no han tenido ocasión de perder del todo el hábito en el mejor de los

casos. Empiezan a estar a la vista los primeros indicios premonitorios. Importa insistir en la esperanza de que el trance discurra por cauces pacíficos. De no ser así, los riesgos de involución por conflagración configuran un porvenir potencialmente pavoroso. Su amplitud y detalle quedan fiados a la imaginación. Pero, en los ciclos recurrentes del trasiego humano, ¿quién puede asegurar que Occidente esté exento de una "nueva Edad Media"?... El futuro de la ciencia y la tecnología no está garantizado como un proceso indefinido. Sólo desde la cordura colectiva podrán abordarse en su raíz los problemas expuestos. Empecemos por tomar conciencia de ello.

NOTAS

⁽¹⁾ CEuvres Completes, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París 1951, p. 256.

⁽²⁾ George Rudé, "Europe in the Eighteenth Century", Weidenfeld & Nicolson, Londres 1985, p. 49.

⁽³⁾ Eric J. Hobsbawm, "Las Revoluciones Burguesas", Punto Omega/Guadarrama, 2ª edición, Madrid 1971, p. 61.

⁽⁴⁾ Octavio Paz, "La Búsqueda del Presente", Discurso de aceptación del Premio

Nobel, en "ABC" de Madrid, 9-XII-1990, p. 74.

⁽⁵⁾ "Englishmen and Others", Hamish Hamilton Ltd., Londres 1956, p. 114.

⁽⁶⁾ "Hombres en Tiempos de Oscuridad", Gedisa, Barcelona 1990, p. 24.

⁽⁷⁾ André Latreille, "Histoire de France: De 1610 a 1774", en "Histoire de France pour tous les Français", Hachette, París 1950, T. I, p. 428.